

LOS PRECURSORES FRANCISCANOS DE SAHAGÚN DEL SIGLO XIII AL SIGLO XVI EN ASIA Y AMÉRICA

GEORGES BAUDOT

Universidad de Toulouse II-Le Mirail (Francia)

En estos días en que vamos a conmemorar con la debida solemnidad el quinto centenario del nacimiento de fray Bernardino de Sahagún, fundador en cierto modo de una antropología social y cultural pionera que inicia (aunque a veces sea a regañadientes) una comprensión definitiva de la pluralidad de las culturas humanas, no podemos ignorar que Bernardino de Sahagún contaba con precursores y que su labor se inscribe en una diligencia de los hermanos de San Francisco de Asís casi de más de tres siglos. Incluso en América, en México, Sahagún tuvo hermanos de Orden precursores, y esto antes de que él recogiera por iniciativa propia los *huehuetlahtolli* a partir de 1547, o empezar a coleccionar relatos indígenas de la Conquista en 1555. Cuando en 1558 el provincial fray Francisco Toral se lo ordena precisa y terminantemente como lo reconoce Sahagún:

...a mí me fue mandado por sancta obediencia de mi prelado mayor que escribiese en lengua mexicana lo que me pareciese útil para la doctrina, cultura y manutención de la cristiandad destos naturales desta Nueva España, y para ayuda de los obreros y ministros que los doctrinan.¹

la empresa no es nueva, ni en la orden seráfica ni en México.

Y, de hecho, uno de aquellos egregios precursores, el muy conocido fray Toribio de Benavente Motolinía no había dudado en declarar al emperador Carlos Quinto, en una famosísima carta anti-lascasiana fechada a dos de enero de 1555 que:

...tres o cuatro frailes hemos escrito de las antiguallas y costumbres que estos naturales tuvieron, e yo tengo lo que los otros escribieron, y

¹ Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, primera versión íntegra del texto castellano del manuscrito conocido como *Códice Florentino*. Introducción, paleografía, glosario y notas de Alfredo López Austin y Josefina García Quintana, México, Alianza Editorial Mexicana y CONACULTA (Cien de México), 1989; t. 2, prólogo, p. 77.

porque a mi me costó más trabajo y más tiempo no es maravilla que lo tenga mejor entendido que otro...²

Desde luego, fray Bernardino al llevar a cabo su magna obra después de sus correligionarios entregó para ésta más tiempo y más energías que ninguno de ellos y logró resultados de mucho mayor alcance. Efectivamente, fray Bernardino lleva a la madurez un modo de investigar y luego de organizar los resultados de una indagación delicada, y por encima de todo su obra es la única en abarcar decisivamente y de una manera sinóptica la civilización de los *mexicah*. Pero conviene saber que este trabajo coronaba una ya larga trayectoria de esfuerzos similares en la Orden seráfica.

Los primeros cronistas franciscanos en Asia en el siglo XIII

En realidad, y si hemos de atenernos a todos los datos hoy disponibles, convendría remontar hasta el siglo XIII para hallar la raíz de la curiosidad etnográfica manifestada por los hermanos de Francisco de Asís, casi en los orígenes mismos de la fundación de la Orden seráfica. De este modo, si tenemos en cuenta el espíritu que alienta muchos de los descubrimientos geográficos europeos casi dos siglos y medio antes del primer viaje de Colón, nos encontramos con una presencia franciscana decisiva en casi todos los escenarios de la aprehensión y de la representación del mundo en vías de intelección global. Así, por ejemplo, las primeras grandes exploraciones de las rutas orientales hacia el Extremo Oriente fueron obras franciscanas con una antelación de casi medio siglo con respecto a los viajes de Marco Polo y a su magno relato de 1298: el famoso *Libro de las maravillas del mundo* o el *Milione*.

Efectivamente, en 1245 el Concilio de Lyon y el papa Inocencio VI habían de encargar a un fraile seráfico, fray Juan del Piano Carpini (también llamado Frère Jean de Plan Carpin), con rango de delegado pontificio, una expedición por el Kanato del Volga para mejor evaluar las posibilidades que ofrecieran los mongoles de convertirse al cristianismo y de unirse a un esfuerzo final por acercar el Fin de los Tiempos. El fraile franciscano iba a descubrir entonces una sociedad mongola extremadamente liberal en materia de creencias religiosas

² Fray Toribio de Benavente o Motolinía, *Historia de los indios de la Nueva España* (sácalos nuevamente a luz el R. P. Daniel Sánchez García), Barcelona Herederos de Juan Gili, Editores, 1914. "Carta de Fray Toribio de Motolinía al emperador Carlos V", Tlaxcala a 2 de enero de 1555, p. 273.

(lo que era característico de la dinastía de Gengis Kan), pero sin embargo poco preparada y poco inclinada a convertirse a la Fe de Cristo. Al regresar de Asia en 1247, y arribando de nuevo a Lyon portador de cartas del soberano supremo tártaro para Inocencio VI, el franciscano trató de avisar a sus contemporáneos y ponerlos en guardia contra ilusiones milenaria excesivas. Para ello, Piano Carpini elaboró una magna obra sobre aquellos mundos tan mal conocidos, una crónica de la sociedad mongola que es ya un auténtico monumento etnográfico, a la par que encierra un prudente aviso político para los sueños intempestivos de la cristiandad occidental.

Dicha obra, la *Historia Mongolorum*, puede considerarse en todo rigor como el primer paso seráfico previo y remoto a la obra de Sahagún. Su difusión y su impacto fueron notables y de ello testimonia con elocuencia el cronista italiano Salimbene d'Adam, igualmente franciscano y convencido milenarista, que lo encontraría y entrevistaría en Lyon a su vuelta.³

Pero no fue el único en aquellas lejanas fechas. Efectivamente, algún tiempo después, otro fraile franciscano, fray Guillermo de Rubruck o Rubrigenio, pasó tres años, entre 1253 y 1256, dedicado a una importante exploración por Extremo Oriente y llegó hasta Qaraqorum y la corte del gran Kan Möngke. También a su regreso había de redactar una crónica que constituía un testimonio etnográfico de gran valor y que había de ejercer decidida influencia en los proyectos y ambiciones de sus coetáneos: el *Itinerarium ad partes orientales*.⁴

Estas primerísimas crónicas etnográficas franciscanas conllevan, en realidad, un trasfondo espiritual y político bastante específico. Son indagaciones cuidadosas sobre sociedades que se sospecha pueden ofrecer fácil conversión y permitir una cristianización acelerada del Asia gengiskánida. Se trata de conocerlas mejor para poder inculcarles con mayor eficacia el mensaje de Cristo y llevarlas a un discurso nuevo. La finalidad política (y utópica) es declarada. El caso es rodear y sitiar el Mediterráneo musulmán para preparar una suerte de asalto definitivo que liberaría los Santos Lugares y autorizaría la fundación de la Nueva Jerusalén y el reino universal de Cristo. Hemos visto las prudencias y las reservas que los frailes etnógrafos del siglo XIII demostraron en las

³ Salimbene d'Adam, Jourdain de Giano et Thomas d'Eccleston, *Sur les routes d'Europe au XIIIème siècle* (chroniques, traduites et commentées par Marie-Thérèse Laureille), Paris, Editions Franciscaines, 1959, p. 161-166.

⁴ *Historia Mongolorum e Itinerarium ad partes orientales*, en P. Bergeton, *Voyages faits principalement en Asie dans les XIIIè, XIVè et XVè siècles* (précédés d'une introduction concernant les voyages et les nouvelles découvertes des principaux voyageurs), La Haya, 1735, p. 35 y ss. Se hallan también en *Sinica Franciscana*, Quaracchi-Firenze, 1929, vol. I.

respectivas conclusiones de sus obras, por ser éstas justamente indagaciones cuidadosas sobre sociedades que por desconocidas o mal entendidas en Europa occidental podían parecer fácilmente transformables.

A mediados del siglo XIV estas ilusiones por evangelizar las humanidades bajo yugo mongol y dar una significación milenaria al redescubrimiento de Asia cobrarían aún mayores vigos con la obra de otro correligionario seráfico, el auvernio Frère Jean de Roquetaillade, ingresado en la orden franciscana en 1332, y cuyas profecías dominaron realmente el ambiente espiritual de la península ibérica, impulsando como nunca el milenarismo seráfico.

Efectivamente, gracias al hermano Jean de Roquetaillade los proyectos franciscanos habían de ordenarse hacia 1356 en torno a una temática que siglo y medio más tarde la conquista de América por los españoles actualizaría con inusitada fuerza. En su obra *Vade mecum in tribulatione* de 1356, el religioso seráfico recordaba la urgencia de una conversión pronta de mongoles y judíos e insistía en insertar el redescubrimiento del Asia heredada de Gengis Kan dentro de una perspectiva milenaria y apocalíptica de cristianización global del mundo conocido. Así, después de lograr estas conversiones preliminares, la derrota del Islam se avecinaría y al acaecer, todos los pueblos del universo reunidos bajo el único yugo de Cristo podrían vivir los últimos tiempos de la historia humana.⁵

Estas concepciones visionarias y apocalípticas del devenir histórico de la humanidad, tan claramente expresadas por religiosos franciscanos de los siglos XIII y XIV, no son ajenas a la curiosidad etnográfica manifestada por algunos de ellos al enfrentarse con las sociedades por evangelizar. Y hasta puede parecer natural que el afán por conseguir un conocimiento casi “antropológico” de aquellas culturas por cristianizar obedezca a una lógica objetiva marcada por la necesidad de procurar una eficacia persuasiva mínima, como lo subrayaría el propio Sahagún al presentar su obra. De todos modos, una sistematización de este vínculo entre descripción etnográfica y voluntad de reestructurar sociedades humanas con fines milenarios habrá de manifestarse aún con más vigor en el caso de los frailes etnógrafos de México. Tanto más que en el caso de América no faltaban antecedentes del mayor significado.

Efectivamente, la ruta de Asia se había revelado imposible para los sueños seráficos. Por los años 1334-1353 las comarcas occidentales del antiguo imperio mongol se convertirían definitivamente al Islam y no al cristianismo, cerrando así en cierto modo la ruta terrestre oriental a

⁵ Fr. Jean de Roquetaillade (o Johannis de Rupescissa) *apud.*, *Appendix ad fasciculis rerum expetendarum et fugiendarum*, Londres, Edward Brown Editor, 1690.

sueños y a profecías. Tanto la imaginación ibérica como la esperanza franciscana quedaban obligadas a buscar nuevas rutas —marítimas esta vez y hacia occidente—, para concluir la intelección global del planeta y la conclusión final del destino humano.

Puede decirse entonces que la ruta de Colón buscando por Occidente una salida libre hacia Asia era la bienvenida para estas firmes esperanzas y que, de hecho, revistió para muchos religiosos seráficos la importancia de un signo mayúsculo de la voluntad divina. Además, después de la conquista de México en 1521, es decir, de una tierra altamente urbanizada, dueña de ciudades espléndidas, densamente poblada y creadora de una cultura muy compleja, espectacularmente refinada y sutil, el signo anunciador cobró aún mayor importancia y significado dentro de una visión apocalíptica.

Así, sin lugar a dudas, el programa de indagación etnográfica aparece, como lo fue en el caso de la *Historia Mongolorum* de Piano Carpini o del *Itinerarium ad partes orientales* de Guillermo de Rubruck, casi tres siglos antes, como una de las premisas para reestructurar una sociedad, una cultura y una humanidad, que se pensaban transformar de raíz evangelizándolas. Aquí parece que un proyecto político milenarista basado en una lectura joaquinista del texto del Apocalipsis también fundamentaba dicha actividad etnográfica.⁶ Por lo menos en los albores de su elaboración y para milenaristas tan convencidos como fray Toribio de Benavente Motolinía o fray Martín de la Coruña, probablemente también en cierto modo para simpatizantes más inclinados al erasmismo como Andrés de Olmos, o para discípulos atentos como Francisco de las Navas. No hemos descartado, ni mucho menos, que el propio Sahagún, a su manera y en sus principios, bebiera a veces en la misma fuente.

Y el caso es que el panorama ofrecido por la humanidad amerindia de México era altamente alentador. Efectivamente, los únicos en sobrevivir plenamente al descalabro de la Conquista habían sido los amerindios más humildes, el pueblo campesino de los *macehualtin* que constituían el fundamento de la sociedad prehispánica. Éstos ostentaban cualidades providenciales para los frailes seráficos: eran pobres,

⁶ Me permito remitir para un estudio detenido de este aspecto de la evangelización de México y de los primeros cronistas precursores de Sahagún, a dos de mis propias obras, a saber: Georges Baudot, *Utopía e historia en México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520-1569)*, trad. De Vicente González Loscertales, Madrid, Espasa-Calpe, 1983 (Col. Espasa Universitaria, 12). Es preferible recurrir hoy a la edición en la lengua inglesa *Utopia and History in Mexico. The First Chroniclers of Mexican Civilization (1520-1569)*, trans. Bernard Ortiz de Montellano and Thelma Ortiz de Montellano, Niwot, Colorado, University Press of Colorado, 1995, por ser ésta la edición más reciente del libro, aquí enteramente revisado y puesto al día. Asimismo, véase, Georges Baudot, *La pugna franciscana por México*, Alianza Editorial Mexicana y CONACULTA, 1990 (Col. Los Noventa, 36).

vejados y explotados, vivían en el mayor desamparo, y su humildad sólo corría pareja con una supuesta inocencia que en realidad sólo traducía cierta maleabilidad para aparentar una cristianización rápida. Recordemos a fray Gerónimo de Mendieta: "...estaba en disposición la masa de los indios para ser de la mejor y más sana cristiandad y policía del universo mundo..." Y la ambición franciscana según él era así abiertamente construir una nueva sociedad con ellos:

...haciéndonos padres desta mísera nación y, encomendándonoslos como a hijos y niños chiquitos para que como a tales (que los son) los criemos y doctrinemos y amparemos y corriamos, y los conservemos y aprovechemos en la fe y policía cristiana.⁷

Ahora, no puede ni debe ignorarse que la indagación etnográfica obedecía asimismo, en buena parte, a necesidades apremiantes y más llanas, más ordinarias, de la labor evangelizadora. Efectivamente, la investigación sobre los ritos, las creencias, las estructuras sociales, las literaturas, etcétera, de la sociedad mexicana estaba íntimamente relacionada con una averiguación más propiamente lingüística que era urgentísima en comarcas pobladas por millones de hombres de idiomas extraños a quienes se pretendía inculcar el mensaje cristiano.

Recordemos tan sólo algunos datos bien conocidos, pero pertinentes ahora en las perspectivas de un buen reconocimiento y de una precisa valoración del entorno sahuaguniano. El propio fray Bernardino reconoció haber concebido su magna obra "...como una red barrendera, para sacar a luz todos los vocablos de esta lengua, con sus propias y metafóricas significaciones y todas sus maneras de hablar..." Y el esfuerzo por alfabetizar las lenguas amerindias con el sistema fonético latino, por codificarlas en *Artes* según el modelo legado por Antonio de Nebrija en 1492 (el año mismo del primer viaje de Colón), por inventariar sus léxicos en *Vocabularios* es parte de la misma empresa que las investigaciones de los religiosos franciscanos etnógrafos sobre sociedades y culturas. Por cierto, las cifras son al respecto edificantes y esto sitúa mejor el trabajo etnográfico franciscano preliminar. De las 109 obras dedicadas a las lenguas aborígenes de México que se elaboraron en el siglo XVI y de las que nos ha quedado noticia, ochenta fueron resultado del trabajo seráfico, es decir más o menos el 75% del conjunto de los títulos. Y conviene subrayar que éstas abarcaban, además de la lengua náhuatl

⁷ "Carta del P. Fr. Gerónimo de Mendieta al P. Comisario General Fr. Francisco de Bustamante", en Joaquín García Icazbalceta, *Nueva colección de documentos para la Historia de México*, reedición de R. Aguayo Spencer y A. Castro Leal, México, Editorial Porrúa, 1941-1944, vol.: "Cartas de religiosos de Nueva España", t. I, p. 6.

de los *mexicah*, idiomas tan variados como el tarasco o purépecha de Michoacán, el huasteco, el zapoteco, el otomí, el mixteco, etcétera.

Insistamos sobre el hecho de que el primer *Arte de la lengua náhuatl* fue también elaborado por el fraile fundador de las investigaciones etnográficas y primer precursor de Sahagún: fray Andrés de Olmos, en 1547. Así como el primer *Arte de la lengua náhuatl* impreso (el de Olmos esperaría hasta finales del siglo XIX para su publicación por el francés Rémi Siméon en París) fue el de otro franciscano, fray Alonso de Molina, también autor del primer *Vocabulario* de esta lengua en 1555, muy propincuo a los religiosos seráficos etnógrafos y que por su labor de lingüista debe considerarse prácticamente como uno de ellos.

Del mismo modo podría citarse al franciscano francés oriundo de Toulouse, fray Maturino Gilberti, primer autor de un *Arte* y de un *Vocabulario* de la lengua tarasca en 1558-1559, etcétera. De hecho, estas *Artes* y *Vocabularios* eran más bien tratados de etnografía aplicados a la descripción de una lengua y de sus mecanismos, obras fundadas en la observación empírica, que recurrían siempre al ejemplo, a la metáfora o a la frase que reflejara con más acierto la idiosincrasia e identidad semántica de tal o cual particularidad del idioma. Puede decirse que la elaboración de dichos tratados se nutría en su mayor parte de los datos acumulados en el proceso de la pesquisa etnográfica.

No es posible separar estos dos aspectos de la misma gestión, y más aún si tenemos en cuenta que entre lo recogido por los religiosos etnógrafos se hallaba la literatura de los amerindios, textos como los *huehuetlahtolli* o los de aquellos largos poemas épico-heroicos que eran los *melahuacuicah*, o incluso los de la poesía lírica de *xochicuicah* e *icnocuicah* que forzosamente eran prodigios del discurso literario, inscritos en una magnificación del lenguaje que iba mucho más allá de la sencilla comunicación, en un proceso creador basado en el dominio absoluto de todos los recursos de una lengua. Difícil sería aquí ordenar separadamente lo que pertenecía sólo a la etnografía escueta, a la etnolingüística o a la etnoliteratura.

Ahora, desde luego cabe destacar plenamente la labor pionera y precursora de aquellos religiosos franciscanos que nos indicara uno de ellos, fray Toribio de Benavente Motolinía, al escribir a Carlos V el 2 de enero de 1555: "...tres o cuatro frailes hemos escrito de las antiguallas y costumbres que estos naturales tuvieron...". Conviene notar la fecha de tal declaración que descarta absolutamente a fray Bernardino de Sahagún de este recuento. El 2 de enero de 1555 Sahagún tan sólo ha recopilado algunos *huehuetlahtolli* y esto por iniciativa propia desde 1547. El 2 de enero de 1555 aún no ha empezado siquiera a recoger y a reunir los relatos *mexicah* de la conquista que coleccionará meses más tarde en ese

mismo año, también por iniciativa personal, y que acabarán siendo el libro XII del *Códice Florentino*. De hecho, su verdadera entrega completa a la indagación sobre la sociedad y cultura de los *mexicah* ha de fecharse a contar de 1558 y de las directivas ordenadas por su provincial, fray Francisco Toral, como él mismo reconoce. ¿Quiénes eran entonces estos tres o cuatro frailes precursores?

Amplia ocasión he tenido ya de tratar y estudiar detenidamente este tema tan particular en la historia de la evangelización de México y para un mayor acercamiento a sus pormenores me permito remitir a dicha obra.⁸ Así, el primer precursor indudable, el padre fundador de la empresa de indagación e investigación sobre la sociedad, cultura y discurso del mundo prehispánico en el México central, es sin lugar a dudas fray Andrés de Olmos. A fray Gerónimo de Mendieta no dudo en calificarlo como "...fuente de donde todos los arroyos que de esta materia han tratado, emanaban..." Y podemos considerarlo como el gran iniciador, no sólo de este tipo de labores y de investigaciones, sino como el forjador de su primera metodología, de sus técnicas inaugurales, y como el autor de sus primeros resultados.

Cabe preguntarse qué tipo de vocación o de preparación específica podía haber impulsado al franciscano para semejante labor, tan novedosa entonces de por sí. Podría destacarse acaso que Olmos, antes de su partida para México en 1528 acompañando al primer obispo de México fray Juan de Zumárraga, era en España un especialista reconocido en averiguaciones sobre casos de brujería y hechicería. Y que así lo había valorado quien había de ser primer obispo de México, Zumárraga, al elegirlo en aquel entonces para encomendarle una delicada indagación sobre la brujería en el País Vasco.

No puede descartarse la idea de que Zumárraga, ya obispo de México, y que las autoridades más importantes de la recién instaurada Nueva España —como Sebastián Ramírez de Fuenleal, presidente de la Real Audiencia de México, y fray Martín de Valencia, primer custodio de la Orden seráfica en México—, juzgaran que la empresa acometida por Olmos en la campaña contra las brujas de Vizcaya lo preparaba muy especialmente para la diligencia que tocaba ahora emprender por tierras mexicanas: investigación preliminar cuidadosa para mejor lograr la extirpación de creencias, ritos, estructuras sociales y religiosas, prácticas y discursos regañados con la doctrina cristiana. Además, convenía contar con la invaluable ayuda de un especialista que ya había dado pruebas de su saber y de sus capacidades. El caso

⁸ Georges Baudot, *Utopía e historia en H.éxico...*, o, mejor, por más reciente, *Utopia and History in Mexico...*, capítulos III-VIII.

es que cinco años después de arribar a México, en 1533, se le encomendó muy a las claras lo que habría de ser veinticinco años más tarde el propio programa de Sahagún:

...Pues es de saber, que en el año del mil quinientos y treinta y tres, siendo presidente de la Real Audiencia de México D. Sebastián Ramírez de Fuenleal (obispo que a la sazón era de la Isla Española), y siendo custodio de la orden de nuestro Padre S. Francisco en esta Nueva España, el santo varón Fr. Martín de Valencia, por ambos a dos fue encargado el padre Fr. Andrés de Olmos de la dicha orden (por ser la mejor lengua mexicana que entonces había en esta tierra, y hombre docto y discreto), que sácase en un libro las antigüedades de estos naturales indios, en especial de México, y Tezcoco y Tlaxcala, para que de ello hubiese alguna memoria, y lo malo y fuera de tino se pudiese mejor refutar, y si algo bueno se hallase, se pudiese notar.⁹

Olmos se encontró de inmediato con un puesto ideal para principiar sus actividades etnográficas: el naciente colegio de Tlatelolco que funcionaba ya desde antes del 8 de agosto de 1533 con la enseñanza del P. fray Arnaldo de Basacio, a quien vino a sumarse así fray Andrés; y es de notar con otro correligionario que mucho más tarde había de proseguir acertadísimamente esta obra innovadora: el propio fray Bernardino de Sahagún. En el colegio establecería así Olmos su residencia principal hasta dar por terminada en 1539 la obra encargada.

Desde luego numerosos viajes indispensables por la naturaleza misma de su pesquisa habían de llevarle, además de Tezcoco y Tlaxcala como rezaba el mandato de sus superiores, por casi todos los centros culturales importantes del Anáhuac, según nos informa Mendieta:

...Cuenta el venerable y muy religioso padre Fr. Andrés de Olmos que lo que coligió de las pinturas y relaciones que le dieron los caciques de México, Tezcoco, Tlaxcala, Huexotzinco, Cholula, Tepeaca, Tlalmanalco y las demás cabeceras (*ibid.*, Lib. II, p. 183).

El mapa que puede dibujarse de los caminos seguidos por fray Andrés nos ofrece un panorama bastante preciso de los núcleos urbanos de cultura náhuatl ubicados en el centro de México, con una clara orientación hacia el este de la capital azteca y con alguna que otra correría hasta los límites de la Huasteca, como por ejemplo, hacia Hueytlalpan en 1534-1535.

⁹ Fray Gerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, México, S. Chávez Hayhoe, 1945, Lib. II, p. 81.

La obra se llevó a cabo en seis años, redactándose la versión definitiva antes del capítulo franciscano de 1539 en que Olmos volvió a ocuparse principalmente de las labores más inmediatas de la evangelización. Podrá parecer poco tiempo el dedicado a esta primerísima indagación etnográfica de la realidad cultural amerindia de México, para la cual hubo que inventar entonces casi enteramente la metodología, las técnicas de consulta, de lectura de códices, de interrogatorio de informantes, de verificación de datos y, por fin, de exposición y de presentación. Del texto final de 1539 nos dice Mendieta que se sacaron tres o cuatro copias para mandarlas a España:

...hizo de todo ello un libro muy copioso, y de él se sacaron tres o cuatro trasuntos que se enviaron a España, y el original dio después a cierto religioso que también iba a Castilla, de suerte que no le quedó copia de este libro, aunque le quedó memoria de lo principal que en él se contenía, por haberlo inquirido por diversas veces con mucho cuidado y atención, y haberlo escrito y tratado de ello en largo tiempo..." (*ibid.*, p. 81).

Olmos, por cierto, habría de volver a ésta su obra etnográfica unos siete años más tarde, revisando sus memoriales y borradores —sus fichas de campo, diríamos hoy—, para redactar un resumen de ella, una "suma", y esto a petición de un obispo que muy probablemente fuera entonces el dominico fray Bartolomé de las Casas que embarcaba rumbo a España en 1547, según nos indica una vez más Mendieta de una manera un tanto sibilina:

...Y como después de algunos años, teniendo noticia algunas personas de autoridad en España de cómo el dicho padre Fr. Andrés de Olmos había recopilado estas antiguallas de los indios, acudiesen a pedírsela, y entre ellos a un cierto prelado obispo a quien no podía dejar de satisfacer, acordó de recorrer sus memoriales y hacer un epílogo o suma de lo que en dicho libro se contenía, como lo hizo... (*ibid.*, p. 82).

Olmos redondearía su labor de etnógrafo consecuente acabando de redactar ese mismo año de 1547 su *Arte para aprender la lengua mexicana*. Tres grandes temas parecen haber constituido esta obra que no nos ha llegado hasta ahora, pero que hemos intentado reconstruir en su tiempo (G. Baudot, 1983 o 1995, cap. IV), a saber: la religión prehispánica, el pasado histórico de los amerindios anterior a la conquista y el estudio de los mecanismos de la sociedad prehispánica.

En su primera parte, la explicación de las mitologías iba seguida por una exposición detallada de las liturgias y de los cultos, con una

abundante iconografía para mejor interpretar los rituales y las indumentarias sagradas y para ayudar a la extirpación de estas prácticas religiosas. Los códices pictográficos y las lecciones de los *tlamatinime* sobrevivientes indudablemente habían sido el apoyo documental básico.

En la segunda parte, las tradiciones, las leyendas, las genealogías y las cronologías de los anales indígenas: *xiuhamatl* e *itoloca*, en gran medida habían servido para intentar responder a la premiosa pregunta que se planteaban los europeos sobre el origen de los amerindios y la posibilidad de entroncarlos dentro de la tradición bíblica.

Por fin, la tercera parte exponía costumbres y modos de actuar de la sociedad prehispánica. Al revelar detalladamente la omnipresente estructuración religiosa de la historia y de la organización colectiva de los *mexicah*, Olmos fundaba las bases de una extirpación cuidadosa de las creencias prehispánicas que podían parecer idolátricas, a la par que procuraba los conocimientos para tratar de salvaguardar la identidad y la originalidad de un México renovado por la prédica cristiana.

Al redactar en 1539 la versión definitiva de esta primera obra sobre la cultura náhuatl del México central, Olmos sabía ya que tenía un sucesor designado por la Orden seráfica: fray Toribio de Benavente Motolinía quien había recibido idéntica comisión en el Capítulo franciscano celebrado en Pentecostés de 1536. La elección de la Orden puede aquí parecer dictada por criterios distintos de los que habían recomendado a Olmos.

Efectivamente, fray Toribio de Benavente, apodado "Motolinía": "el pobrecito, el desdichado", por clara imitación del *Poverello* de Asís, era uno de los "doce primeros", compañero y discípulo del visionario fray Martín de Valencia desde la provincia extremeña de San Gabriel y de evidentes convicciones milenarias alentadas por esperanzas apocalípticas que veían en los indios de América la humanidad que forjaría la última fase del destino humano. La elección de fray Toribio era por demás sumamente acertada por ser uno de los mejores conocedores de la lengua náhuatl en aquel momento y por demás un hombre curioso que ya conocía bien el terreno que pisaba, amén del entusiasmo milenario que lo caracterizaba plenamente y que lo recomendaba. Sin embargo, hombre de acción más que de estudio, confesó el desconcierto que le causara dicha misión: "...Estando yo descuidado y sin ningún pensamiento de escribir semejante cosa que esta, la obediencia me mandó que escribiese algunas cosas notables de estos naturales..."¹⁰

¹⁰ Fray Toribio de Benavente Motolinía; *Historia de los indios de la Nueva España*, edición, introducción y notas de Georges Baudot, Madrid, Editorial Castalia, 1985 (Col. Clásicos Castalia, 144), Trat. II, p. 216.

Estas reticencias no fueron obstáculo para que se entregara con empeño a la labor encomendada, y ya en febrero de 1541, es decir, cinco años después de recibir el mandato de la Orden, firmaba en Tehuacán una primera redacción de la obra, o mejor dicho un extracto rápidamente seleccionado entre sus fichas y borradores, y que nos ha llegado con el título de *Historia de los indios de la Nueva España*.¹¹ Texto dictado por la urgencia y cuya finalidad parece haber sido convencer al señor de su villa de origen, el conde de Benavente, sobre la perfecta idoneidad de los proyectos de la acción franciscana.

El envío de esta obrita provisional no paralizaba ni mucho menos la prosecución de la obra magna encargada en 1536 y de hecho, y hasta donde los textos permiten fijarlo, se puede deducir que dicho trabajo de investigación y exposición duró hasta 1556-1560, en todo caso hasta después de la famosa carta dirigida al emperador desde Tlaxcala el 2 de enero de 1555. Aclaremos que la obra definitiva no nos ha llegado hasta ahora a pesar de haber sido poseída un tiempo, además de leída y utilizada, por Mendieta, Zorita, etc., y reseñada por León Pinelo que consignaba su título preciso: *Relación de las cosas, idolatrías, ritos y ceremonias de la Nueva España*.

De ella sólo conocemos unos borradores preparatorios del autor que Torquemada y Herrera designaron como *Memoriales*.¹² Como ya pasó con la obra de Olmos, he intentado hace años la estructura del libro definitivo de fray Toribio y a esta reconstitución remito.¹³ Si nos atenemos a la estructura de la obra tal y como resulta de una restitución rigurosa de sus temas y de su organización, podemos afirmar que constaba de cuatro partes, además de la "Epístola proemial" dirigida al conde de Benavente.

La primera, amén de tratar de los principios de la evangelización, describía sobre todo las fiestas, los ritos y los cultos de la religión prehispánica de los *mexicah*, sin olvidar, por cierto y como contrapartida, algunos capítulos dedicados a las fiestas cristianas en México y en especial a la de *Corpus Christi* celebrada con toda pompa en Tlaxcala en 1538.

La segunda parte estaba enteramente dedicada a la introducción del cristianismo en México, y la tercera representaba una especie de transición entre el relato historiográfico de la evangelización y una des-

¹¹ Ver nota anterior para la única edición crítica de dicho texto.

¹² Véase la última edición y la más confiable por ahora: "Fray Toribio de Benavente Motolinía, *Memoriales, edición crítica*, introducción, notas y apéndice de Nancy Joe Dyer, México, El Colegio de México, 1996, Biblioteca Novohispana, III.

¹³ Véase, G. Baudot, *Utopía e historia...*, p. 368-386, e *Historia de los indios...*, edición de G. Baudot, Introducción, p. 56-71.

cripción de las curiosidades geográficas, botánicas y demás de México, finalizando con un relato de la conquista.

Por fin, la última parte describía y analizaba las costumbres, leyes y organización de la sociedad prehispánica con alusiones a las tradiciones míticas de los *mexicah*, para concluir con una grandiosa descripción del Universo que culminaba en un canto de acción de gracias en alabanza a Dios. A decir verdad, fray Toribio ofrecía una crónica a la vez etnográfica sobre el universo cultural y social prehispánico e histórica sobre la evangelización: el México antiguo anterior a la Conquista y el México nuevo que se intentaba edificar con los religiosos franciscanos a la vez.

Buscando ahora cuáles podían ser los otros dos frailes entre los "...tres o cuatro frailes [que] hemos escrito de las antiguallas y costumbres...", hallamos que, indudablemente, uno de ellos sólo podía ser fray Martín de la Coruña, el autor más probable y más confiable de la *Relación de Michoacán*. Nos convence de ello que fray Martín de la Coruña era también uno de los "doce primeros" y no de los más convencidos milenarios de éstos, como bien lo atestigua su fallido intento de viajar a China junto con fray Toribio en 1533.

Si bien su obra etnográfica tuvo por objeto una cultura, una sociedad, un discurso y un idioma distintos, los de los tarascos o "phurépecha" de Michoacán, puede decirse al analizarla que se inscribe plenamente en el esfuerzo específico y muy característico que era entonces, por esas fechas, exclusivo del padrinazgo de Olmos y Motolinía como primeros y únicos precursores de Sahagún.

Así, en 1541 procedería ya fray Martín a principiar la redacción de la obra para concluirla muy probablemente en 1549 con la descripción del calendario tarasco que añadiría entonces a la *Relación de Michoacán*. Casi seguramente fue con ocasión de la visita de Motolinía, provincial entonces de la Orden que venía a presidir el Capítulo franciscano de Uruapan, cuando entregó a éste el manuscrito definitivo de su trabajo para que lo examinara como su superior y maestro reconocido en estas pesquisas, y luego lo entregara al virrey que había de salir del país en enero de 1551.

La *Relación de Michoacán*, tal y como puede analizarse en el código de El Escorial y en su edición facsímil,¹⁴ propone una investigación etnográfica que duró cerca de diez años y que es de la misma índole que la de Olmos y Motolinía, con idénticos temas y métodos. Su ambi-

¹⁴ *Relación de las ceremonias y ritos y población y gobierno de los indios de la provincia de Michoacán*, reproducción facsímil del MS. C-IV-5 de El Escorial, con transcripción, prólogo, introducción y notas por José Tudela, Madrid, Aguilar, 1956.

ción es la misma: restituir los datos y los elementos más fundamentales de la religión, de los rituales, de la mitología y de la historia de los *phurépecha*, a la par que ofrecer una descripción de la organización política y de las costumbres de la sociedad prehispánica.

El último de los religiosos etnógrafos precursores de Sahagún: el cuarto, como lo indicaba Motolinía, nos parece ser un fraile a duras penas sacado del olvido, por referencias a su obra y por haberse podido hallar un calendario de su autoría. Lo que a fin de cuentas corresponde al significado sibilino y como dubitativo de la frase de fray Toribio: "...tres o cuatro...", un poco como si este cuarto autor se identificara con dificultad. Se trata de fray Francisco de Las Navas cuya trayectoria y obra no fue nada fácil restituir en su tiempo.¹⁵

Provenía de la provincia franciscana de la Concepción y viajaría a México por orden personal de la emperatriz Isabel según la cédula de 30 de abril de 1538. Coincidiría con Olmos en 1543 cuando éste vino entonces a hacerse cargo del convento de Tecamachalco. A principios de 1551 colaboraría con Motolinía, entonces provincial franciscano, en una "visita" o inspección de la comarca y parece posible que en esta ocasión su superior lo incitara a emprender a su vez una labor de reconocimiento etnográfico.

Pero debe de ser la aparición de una cédula de diciembre de 1553 —que pedía a los religiosos iniciaran investigaciones sobre el sistema fiscal prehispánico— lo que decidió la orientación de sus trabajos, ya que a partir de 1554, fray Francisco de las Navas se especializaría casi exclusivamente en analizar las estructuras de la sociedad de los *mexicah*, partiendo de sus sistemas fiscales. En 1560, seis años más tarde, había de elaborar un calendario tlaxcalteca en estrecha colaboración con los de Motolinía y de fray Martín de la Coruña. A contar de 1576 y hasta su fallecimiento, en 1578, fue guardián del monasterio de Tlatelolco, donde a la sazón residía fray Bernardino de Sahagún, quien seguramente lo consultó sobre los aspectos fiscales de la sociedad prehispánica.

La obra de Las Navas tampoco nos ha llegado, debiéndose su noticia al saqueo que de ella hizo el oidor Zorita a lo largo de su *Historia de la Nueva España*, sobre todo en su segunda parte. Según puede así vislumbrarse, la obra era minuciosa y describía las estructuras de la sociedad prehispánica, pudiéndose deducir que constaba de dos partes. La primera contemplaba la organización política de los *mexicah* del altiplano, exponiendo sus jerarquías y sus reglas de sucesión. La segunda abarcaba el detalle del sistema fiscal prehispánico que Olmos

¹⁵ Véase, G. Baudot, *Utopía e historia en México...*, o *Utopia and History in Mexico...*, capítulo VIII: "Fray Francisco de las Navas".

y Motolinía no habían indagado, describiendo además los distintos grupos sociales: nobleza, comerciantes y campesinos.

El calendario tlaxcalteca de Las Navas es un fragmento de una obra más vasta, hoy perdida, pero con decisivas correspondencias con los trabajos similares de Motolinía y de fray Martín de la Coruña.

Al concluir esta presentación de los precursores de fray Bernardino de Sahagún, en Asia y en el siglo XIII primero, pero sobre todo en México y en el siglo XVI, creemos que conviene insistir en la continuidad y en la tenaz pertinencia del esfuerzo franciscano por mejor conocer las sociedades humanas que más tarde, a contar del siglo XVIII, llamaremos exóticas y trataremos como tales. Pero que eran para los hermanos de San Francisco de Asís tan sólo manifestaciones distintas, diferentes, de lo creado e imaginado por el hombre y en las cuales anidaba siempre una esperanza de salvación. En cierto modo, y Sahagún con su magna obra coronará con broche de oro esta diligencia y este designio, los religiosos seráficos inauguraban así la conciencia de la pluralidad de las culturas del ecúmeno. En estos días dedicados a fray Bernardino de Sahagún, esta primera apertura sobre una nueva valoración de lo humano y de la diversidad de lo humano es la lección primordial.